

## Irredentismo adriático. Aportación a la discusión sobre las relaciones austro-italianas

---

*Adriatic irredentism. Contribution to the discussion about the relations between Austria and Italy*

Angelo Vivante  
(Trieste, 1869-1915)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Angelo Vivante (Trieste, 1869-1915) es una de las referencias inexcusables del panorama periodístico y político triestino de principios del siglo XX. Sus artículos en cabeceras como *Il Piccolo* o *Il Lavoratore* (publicación que dirigió entre 1907 y 1909) o la intensa actividad desarrollada en el seno del Circolo di studi sociali, asociación para la difusión de la cultura entre los trabajadores, dan fe de ello. Con todo, su fama se debe en gran parte a su obra *Irredentismo adriatico. Contributo alla discussione sui rapporti austro-italiano*, publicada en Florencia en 1912 por la Libreria della Voce de Giuseppe Prezzolini. En este ensayo de corte histórico y político Vivante no solo se mostró como el máximo representante del socialismo juliano, antibelicista e internacionalista, sino que ofreció una visión de su ciudad totalmente alejada de la postura irredentista oficial de aquellos años. En efecto, Vivante consideraba el irredentismo como un movimiento irracional que no podría prosperar debido tanto a la necesaria dependencia de la ciudad del proteccionismo austriaco (garante de la privilegiada posición económica de la que venía gozando desde su elección como salida natural al mar del imperio Austro-Húngaro varios siglos atrás), como a la dificultad de mantener una determinada idea de italianidad en una urbe a la que el empuje comercial atraía constantemente una numerosa mano de obra desde otras partes del imperio, sobre todo eslava. De todo ello trata este fragmento final de su recordado título, *Irredentismo adriatico*, del que ofrecemos al lector hispanófono las preclaras últimas páginas que cierran el volumen. El estallido de la guerra, sumado a circunstancias personales a las que no son ajenas las fuertes críticas que recibió su obra, hicieron que se quitase la vida a principios de julio de 1915.

\*\*\*

Para tener un concepto preciso del valor intrínseco del irredentismo, incluso como elemento de irradiación y de conservación nacional, no hay que olvidar que las conquistas de la italianidad en la zona juliana se deben esencialmente al desarrollo del tráfico triestino. Trieste habría seguido siendo una pequeña ciudad de 3.000 habitantes, perdidos en medio de la campiña eslava, carentes de cualquier energía asimiladora por encima de ella y de cualquier fuerza de irradiación sobre otros centros urbanos menores, si el flujo regenerador del tráfico no le hubiese permitido absorber e italianizar poco a poco a las decenas de miles de extranjeros llegados de todas partes y, especialmente, a las masas rurales de eslavos convertidos, automáticamente, en el nervio de la actual italianidad triestina y juliana.

Solamente así pudo formarse el bloque, probablemente definitivo, de los 140.000 italianos nativos de la gran Trieste del siglo XX, esto es, el único centro conspicuo de italianidad de la costa oriental adriática. Y esto es algo que vive y prospera a partir de la vida y la prosperidad del tráfico. ¿Qué habría de todo ello, y por tanto de la italianidad adriática oriental, el día en que el tráfico emigre a otra zona<sup>1</sup> o tienda a alejarse de Adria? Se desertizaría al igual que la corriente proletaria

<sup>1</sup> Una persona altamente competente en cuestiones de tráfico me comentaba, basándose en lo que sucede ya hoy entre Trieste y Venecia, que en el momento en que Austria, perdida Trieste, crease otro puerto para el *hinterland* del Adriático oriental y lo favoreciera con todos los medios a disposición del Estado dueño del *hinterland*, este puerto no absorbería

eslava y el flujo económico alemán, pero, al mismo tiempo, perdería su razón de ser incluso la inmigración que, en los últimos cuarenta años, ha triplicado el número de habitantes (sobre todo trabajadores) en Trieste. Tampoco tendría entonces una eficacia perdurable, ni siquiera en el contexto nacional, su asimilación instantánea como ciudadanos del estado.

Con esto, naturalmente, no se niega que Italia tenga también, además de sentimientos, intereses que tutelar en la costa oriental adriática. Aunque es cuanto menos discutible si posteriores anexiones constituirían el medio ideal de tutela de estos intereses. Es discutible, pero no se hace; es más, considerar que el irredentismo, si fuese factible, respondería a los fines del desarrollo nacional es una especie de prejuicio tácito que no contrastan a fondo ni siquiera los irredentistas. ¿Qué significa, de hecho, la “renuncia”, que es el vocablo y el pensamiento a que con más frecuencia recurren quienes se enfrentan a los daños y al peligro de una política orientada a las reivindicaciones territoriales en Julia? Evidentemente esto “Sería algo hermoso si se pudiese, pero... no se puede”

¿Sería ciertamente “algo hermoso”?

Ya que “hermoso”, desde una concepción política, quiere decir encuadrado en las líneas normales de ascenso de un pueblo y de un Estado, ¿conducen a Italia justamente hacia una política de conquista de la orilla adriática contraria?

Una política de conquista (hagamos también aquí pesquisas sobre las fuerzas e ideologías del presente, no especulaciones y anticipaciones de un futuro más civil), una política de conquista puede ser auspiciada y tal vez impuesta por las clases dominantes del Estado a partir de toda esa compleja maraña de intereses, reales o ilusorios, que sintéticamente se llaman, y con frecuencia impropriamente, coloniales.

No hace falta decir que la costa oriental adriática (y especialmente la parte austríaca que aquí se trata) no responde de hecho, frente a Italia, al concepto económico, incluso tomado en su significado más extenso, de una “colonia” que se desee y paulatinamente se conquiste. Bastan dos elementos negativos: la imposibilidad de someter económicamente el *hinterland* y la alta potencialidad capitalista que este conlleva.

La posición se modifica bastante, a pesar de que los intereses italianos en el Adriático son estudiados desde una óptica distinta, si se toma en consideración la costa no austríaca, es decir, las regiones balcánicas que tocan o gravitan, o pueden total o parcialmente gravitar, hacia la orilla oriental adriática (Epiro, Albania, Montenegro, sanjacado de Novi-Pazar, Serbia, Macedonia, etc.)

Aquí el problema juliano se solapa con el balcánico subsistiendo una cierta forma de atracción económica que podría parecer alentadora de ciertas veleidades expansionistas; los países del *hinterland* adriático balcánico, a diferencia del austríaco, constituyen un campo de penetración industrial en el que Italia busca, y puede obtener, un beneficio.

No hace falta, en todo caso, exagerar su potencialidad e importancia. El Egeo y el Mar Negro disputan al Adriático el ser el *hinterland* de muchas regiones balcánicas (parte de Macedonia, Bulgaria, Rumanía, un pedazo de Serbia); además, también los Balcanes se van industrializando bajo el influjo de una civilización

---

solamente todo el tráfico de Austria que ahora maneja Trieste, sino incluso una parte de las mercancías destinadas a Italia. La marina mercante al servicio del *hinterland* austriaco, naturalmente más fuerte dada la inmensa superioridad de captación y de exportación del *hinterland* mismo, cargaría igual que ahora carga también mercancías destinadas a Italia (café, algodón, etc.), pero, dada la normal escasez de la carga, encontraría más conveniente descargarla también en ese puerto austriaco sin tocar Trieste.

capitalista destinada a intensificarse según se refuerzan los respectivos organismos estatales; de modo que es previsible que en el futuro estos países pierdan poco a poco su capacidad de absorber productos industriales ajenos. Ni el tráfico italiano se orienta o puede orientarse hacia la orilla adriática con el ritmo apremiante que lo impulsa, ni puede hacerlo más allá de los Alpes, hacia sus máximos mercados europeos de suministro y exportación: Alemania, Francia, Suiza, Austria misma o, más allá del océano, en los Estados Unidos, o hacia esa segunda patria del trabajo y también ya del capital italiano que es América del Sur. Los algodoneros italianos hacen en los Balcanes sus pruebas en competencia con los ingleses, los alemanes y los austriacos, y ya notan, y lo notarán más en el futuro, los buenos resultados; susceptible de un mayor desarrollo puede ser, pues, la importación a Italia de productos de origen balcánico<sup>2</sup>. Pero estas modestas corrientes económicas, lejos de beneficiarnos, no podrían más que ser perturbadas por una política de conquista de la costa oriental, o ante incluso la mera sospecha de una política de este tipo. En este sentido, algunas cifras que acabo de leer sobre las exportaciones italianas y austriacas en Albania invitan a reflexionar más que un tratado completo de política externa: según estos datos, en 1900 la exportación austriaca era todavía en torno al cuádruple de la italiana, en 1907 la italiana la superaba por más de un millón de francos. Es cierto que Albania está entre las pocas regiones balcánicas en las que la penetración capitalista italiana podía marcar –al menos hasta la crisis tripolitana– constantes y rapidísimos progresos debidos, sin duda, a factores técnicos y económicos, pero también, y quizás en primer lugar, a un factor moral: es decir, a la mayor consideración que Italia goza entre los albaneses frente a una Austria sospechosa, con razón o sin ella, de secretos deseos anexionistas. Albania, tan profundamente surcada por divisiones religiosas, se pone de acuerdo en una cuestión: abolir toda forma de centralismo estatal y, por tanto, cualquier régimen que no le garantice la autonomía. Bastó el viaje de Vittorio Emanuele a Grecia (que ha dado indicios de conquista de la Albania meridional) para caldear la italo filia albanesa.

Ahora conviene no olvidar que, más allá de la Albania autonomista y del Epirotal vez en parte helenizante, el resto de las regiones que gravitan en torno al Adriático oriental son eslavas. Es el mundo eslavo meridional el que busca todavía su *ubi consistam* situado en medio de dos opuestas corrientes: la germano-magiar (dualismo) y la ruso-zarista, nacional-religiosa. Austria (y me refiero aquí a Austria en cuanto al conglomerado de pueblos que habitan entre los Alpes y los Cárpatos y

<sup>2</sup> Los mayores mercados de exportación italiana no son balcánicos ni orientales. En el primer puesto (debido a la industrialización) está Argentina, en la que los productos industriales italianos ocupan el primer puesto con diferencia respecto a los demás países y adonde Italia exportó en 1910 por más de 150 millones de liras; en Alemania, Italia exportó ese mismo año por valor de 293 millones de liras, en los EEUU 263, en Francia 218, en Inglaterra 210, en Suiza 216 y en Austria-Hungría 164 millones. Estos siete países absorben casi tres cuartas partes de las exportaciones italianas. En la Turquía europea y asiática (antes de la guerra) las exportaciones italianas ascendían en 1910 a 107 millones de liras, frente a los 138 millones de coronas de la exportación austriaca. En Serbia, pese a los errores de su política económica, Austria supera todavía a Italia como potencia exportadora (18 millones de coronas frente a poco más de 2 millones). Las prendas de hilo italianas penetran discretamente en todo el Levante, después de las inglesas; algo menos los tejidos. Ciertamente la posición económica de Italia en los Balcanes depende de la solución que tengan allí los problemas ferroviarios; es sabido que hay dos trazados transversales (Danubio-Adriático) y que Austria, no pudiendo eliminar ninguno de los dos en favor de su línea vertical (Mitrovica-Salónica), busca hacer prevalecer el trazado más meridional (Skopie-S. Giovanni), que sería prácticamente inútil para Serbia y Montenegro.

que recaen más o menos intensamente en el Adriático oriental)<sup>3</sup>, Austria tiene, por una razón histórica de ser, el ejercicio del equilibrio entre estas dos fuerzas en contraste y sirve también, en este sentido, a los intereses italianos que se verían comprometidos en caso de victoria de una u otra de las dos tendencias<sup>4</sup>.

Hoy, esta función equilibradora de Austria es todavía ejercida, para bien o para mal, por los actuales organismos estatales, por el imperio dual habsburgués que, extrañamente, es estímulo y, al mismo tiempo, contra-estímulo de la corriente alemana: le beneficia en el momento en que, en cuanto gran potencia burocrático-militar, sirve para enfrentarse a la corriente rusa; pero al mismo tiempo, por el influjo creciente de sus súbditos eslavos y por la propia e intrínseca potencialidad, es siempre el centralismo austriaco quien impide formarse la gran Alemania “de Belt a Adria”.

El centralismo, como cualquier cosa humana, no será eterno; es más, su actual estructura dual está a punto de desaparecer. Pero sean cuales sean las formas que adopte y, en todo caso, según se divida su herencia, no hay duda de que el mundo eslavo meridional, dentro y fuera de los límites de la actual monarquía, está llamado en primer lugar a continuar una función equilibradora y compensadora. El paneslavismo, el Estado monstruoso entre Moscú y Constantinopla, se nos aparece cada vez más, incluso a los ojos de los eslavos del sur, como una vasta utopía, y el neoeslavismo (la unión intelectual de todos los eslavos), que quisiera rejuvenecerlo, un resplandor sentimental vacío de contenido político. Los eslavos meridionales de Austria, de Hungría y de los Balcanes se sienten impulsados, según va teniendo lugar su evolución, capitalista e intelectual, a desarrollar las propias autonomías, a formar agrupamientos propios.

Y aquí nuestra investigación se cruza con la de la futura ordenación de los *yugoslavos* (eslavos meridionales), es decir, con la ardua y compleja cuestión de la unidad yugoslava, auspiciada, como vimos, desde 1848 por Cavour, Valussi, Valerio, etc. Es un tema que, para ser desarrollado a fondo, necesitaría otro volumen. Ajustándome a los límites y a los objetivos de este escrito, quiero apuntar nada más una nueva antítesis que parece delinear en lo que se refiere al problema yugoslavo y a sus posibles soluciones.

Los yugoslavos (es decir, serbios, croatas y eslovenos<sup>5</sup>) pueden llegar por dos caminos a la unidad, entendida naturalmente en un sentido amplio.

<sup>3</sup> Arturo Labriola (*Le tendenze politiche dell'Austria contemporanea*, p. 53) quisiera excluir la costa adriática juliana del sistema de solidaridad económica que une los pueblos de Austria, pero toda la historia, especialmente triestina, está en su contra.

<sup>4</sup> Es cierto el pensamiento, aunque no la frase atribuida a Crispi, de que si Austria no existiese, habría que crearla. El mismo pensamiento se insinúa en el ya citado discurso del Honorable parlamentario Brunialti durante la discusión política externa en el Palacio de Montecitorio en diciembre de 1910.

<sup>5</sup> Dejo a los búlgaros, incluidos por algunos entre los yugoslavos, pero poseedores de una lengua con una morfología propia (por ejemplo, el artículo, desconocido en otros idiomas eslavos), organización económica y política en muchos sentidos difícilmente asimilable, además del agrio choque con serbios en Macedonia y en la llamada Vieja Serbia, en la que cada una de las dos familias quisiera reivindicar para sí a los eslavos. La disputa tiene, naturalmente también allí, un sustrato económico y político, y también la historia, la filología, la antropología, etc. pueden servir y sirven a todas las tesis, tanto más cuando las cuestiones científicas parecen, en realidad, dudosas (cfr. Niederle, *Le race slave*, pp. 221 y seg.). Es difícil prever qué cariz asumiría Bulgaria frente a una concentración de serbocroatas y de eslovenos. Dependería esencialmente de los auspicios bajo los cuales el movimiento tuviera lugar. No se olvide que el joven reino balcánico lo guía un Coburgo



1. Atracción de los independentistas (Serbia y Montenegro) de aquellos que ahora son súbditos de Austria-Hungría y Turquía (en Croacia-Eslavonia, Dalmacia, Istria, Bosnia-Herzegovina, sanjacado de Novi-Pazar, eventualmente la Vieja Serbia, etc.). Es, en sustancia, la aspiración al independentismo serbio o panservismo, que Viena, y aun más Budapest, intentaron debilitar y anular por todos los medios. Manteniendo y favoreciendo las diferencias y los equívocos entre serbios y croatas que conviven, diversamente mezclados, en casi todos los países yugoslavos sujetos a los Habsburgo; gobernando o no gobernando desde Budapest la Croacia (donde están el mayor número de los yugoslavos habsburgueses: cerca de dos millones y medio) con las peores de las corrupciones y las más descaradas violencias, facilitadas por un sufragio ajustadísimo, por el voto oral, por la depresión económica, etc. Pero, también allí, el choque y la fricción produjeron efectos opuestos a los esperados y sirvieron para reforzar el serbocroatismo que, decepcionado con el pacto de Fiume (1905: intento de acuerdo con los kossuthianos), puesto a prueba por el infame proceso de Zagreb y por sus escandalosas secuelas (el proceso de Friedjung), está ya, representado por la coalición serbocroata, testimoniando la progresiva y fatal fusión de dos pueblos gemelos, monolingües, divididos solamente por odios religiosos y por maquinaciones de los gobernantes. Características son, en este sentido, las repercusiones en Sarajevo, en Split, en Dubrovnik, tanto entre los serbios como entre los croatas, las recentísimas acciones violentas cometidas por el régimen magiar en Zagreb<sup>6</sup>. Todo esto y mucho más iría en favor del panservismo (es decir, la tendencia centrífuga de los eslavos habsburgueses) además de, indirectamente, la idea de la Federación Balcánica, la cual podría estar compuesta por el nuevo estado yugoslavo *in spe*, desde Bulgaria, Rumanía, Grecia, hasta incluso Turquía. (Han pasado pocas semanas desde el encuentro en Sofía, por la mayoría de edad del príncipe Boris, de los representantes de todos los estados balcánicos ortodoxos, en la que estuvo presente incluso un gran duque ruso) pero es un plan lleno de obstáculos, ya que tres cuartas partes de Europa (la misma Rusia) se opondría por diversas razones, sin contar con los inmensos antagonismos que hay entre los “federalistas”.

2. *Irredentismo al revés*: los yugoslavos de fuera de Austria-Hungría, atraídos por los de dentro, podrían constituirse luego en una unidad autónoma nacional. A eso tiende la ley física de la atracción, creciente en razón directa de la masa: los yugoslavos sujetos a los Habsburgo representan más de siete millones compactos<sup>7</sup>, frente a los tal vez escasos cuatro que hay entre Serbia, Montenegro, la Vieja Serbia y fracciones menores del territorio. Estos siete millones de yugoslavos, sin embargo, o tal vez gracias a la resistencia de Viena y de Budapest, sienten ya el impulso de la

---

astutísimo de personalidad absorbente y que podría ejercer un influjo particular en los hechos.

<sup>6</sup> También en Bosnia (que es toda yugoslava, ya que los musulmanes son eslavos de nacionalidad) el centralismo austro-húngaro intentó inventar una “nación” bosnia. Y se llegó a este colmo *vodevillesco*: ¡Béni Kállay, que había escrito una historia de los serbios en la que afirmaba según la realidad que los bosnios son serbios, convertido luego en ministro común para Bosnia-Herzegovina, hizo secuestrar su propio volumen!

<sup>7</sup> Cerca de dos millones y medio de eslovenos y 800.000 croatas en Austria, tres millones de serbocroatas en Hungría y dos millones en Bosnia-Herzegovina. El factor económico estaría a favor de la absorción: basta pensar en la situación, económicamente absurda, de Serbia. Las cifras aproximadas derivan de censos oficiales pero, tratándose, casi por lo general, de nacionalidades no dominantes en sus respectivos países, en realidad serán probablemente menos. La oligarquía magiar no necesita el equívoco de la “lengua de uso” para hacer a su gusto ni siquiera los censos.

unidad. La idea no nueva, pero hasta aquí oscura, del “trialismo” ha llegado incluso a concretarse en un memorial enviado al soberano y firmado por los diputados serbocroatas de la cámara de Viena (de Dalmacia y de Istria), y a las dietas de Zagreb y de Sarajevo. En ese memorial se pide a los países serbocroatas que se agrupen más estrechamente en el seno de los límites de la monarquía. Diputados eslovenos no aparecen entre los firmantes, pero en el memorial se apunta también a la Istria eslovena y a la lucha nacional juliana. La meta sería un “tercer” Estado de la monarquía formado por la unión de los yugoslavos ahora divididos entre Austria, Hungría y las provincias ocupadas; de aquí al irredentismo al revés, la vía sería quizás menos larga y difícil que del dualismo de hoy al trialismo de mañana. Ya que contra el trialismo luchará desesperadamente la oligarquía magiar, la cual se llevaría la peor parte, desconectada como lo estaría del mar y debilitada frente a otras nacionalidades (rumanos y alemanes) que ya a duras penas incorpora en su seno. Menor sería tal vez la resistencia de los alemanes de Austria, si bien no se ve todavía qué podría suceder, en un sistema trialístico, con la gran manzana de la discordia eslavo-germánica: Bohemia. Es cierto que hoy, en Zagreb, se mira con menos desconfianza hacia la Viena alemana que hacia la Budapest magiar, la cual, a su vez, desconfía más de los croatas, sospechosos de austrofilia, que de los serbios, marcados y perseguidos hasta ayer como irredentistas y conspiradores con Belgrado.

Todo esto es tal vez demasiado caótico como para sentar previsiones ni, por otro lado, cabrían en el ámbito de esta investigación. Se puede decir solamente que el trialismo, para nacer, presupone el fin de la Austria actual y el surgimiento de esa Austria nueva bajo cuya vieja cáscara se advierte ya quizás algún que otro síntoma anticipador: un apunte, el sufragio universal que no podrá ser negado por más tiempo, ni siquiera a Hungría.

Y vuelvo, sin dilación, al contraste antes mencionado: Italia (reino) no tiene motivos para alarmarse por la eventual constitución de ese “tercer” Estado (llamémoslo así) habsburgués, es más, podría saludarlo con satisfacción, como elemento de tranquilidad y equilibrio en sus límites orientales, hasta que, sin embargo, no se volviese tan fuerte y homogéneo como para ejercer una fuerza de atracción sobre los yugoslavos de fuera (Serbia y Montenegro). La absorción de estos dos estados limitaría ciertamente, aunque sin exagerar su importancia, la posibilidad de penetración industrial balcánica de Italia y crearía, en la otra orilla, un organismo económico y militar potente.

Es cierto que el equilibrio podría restablecerse mediante una suerte de protectorado italiano en Albania, sin duda reacia a dejarse absorber por Yugoslavia. En cualquier caso, aquí el futuro presenta puntos oscuros. Por el contrario, para los italianos de la zona juliana la situación es diferente. La costa juliana (y se advierte ya en algunas declaraciones hasta ahora privadas y académicas<sup>8</sup>) estaría lógicamente

<sup>8</sup> En un recentísimo artículo del Honorable Dobernig, nacionalista alemán y presidente de la delegación austriaca, en el *Volkszeitung* del 16 de febrero de 1912, se trasluce el temor de los alemanes justamente en lo que respecta a las consecuencias que el trialismo, si pudiese triunfar en un ambiente exento de una contrarreacción, podría tener en la costa oriental adriática. Véase también la entrevista que el mismo Dobernig en *Il Piccolo* del 23 de febrero de 1912 sobre una posible alianza de italianos y alemanes contra los eslavos. Debe decirse inmediatamente que esta alianza, en el sentido que quisiera darle el nacionalismo italiano de la zona juliana, es otra utopía: los alemanes, en Julia, como elemento étnico indígena, no existen; los eslavos, sí. El problema de la convivencia afecta a los italianos y a los eslavos solamente. Otra cosa sería servirse de los antagonismos eslavo-germánicos respecto a la salida al mar, con el objetivo de obtener una autonomía juliana o triestina. Pero, incluso

contenida entre la Austria alemana y la Austria eslava, como salida de un *hinterland* que es, en realidad, eslavo-alemán; seguramente hoy en día, debido al mayor desarrollo capitalista, quizás más alemán que eslavo. Ello explica (entre paréntesis) la importancia económica creciente del germanismo, incluso tras la fallida acción nacional, la multitud de alumnos italianos en las escuelas alemanas, en primaria y secundaria, el monopolio bancario que los alemanes comparten con los eslavos, la inmigración de empleados alemanes favorecida por estos mismos hombres de negocios italianos que emplean trabajadores eslavos, etc.<sup>9</sup>

Y he aquí, del choque de estas dos fuerzas, el delinarse de una situación de la que los intereses, *también nacionales*, de los italianos de la zona juliana podrían sacar partido; resurgiría el pensamiento dominante de la historia triestina, el voto de Francesco Dall'Ongaro, el augurio de Nicolò Tommaseo: Trieste, vehículo y conjunción de corrientes étnicas y económicas diversas, en régimen necesariamente neutral y autonómico que debería comprender, para cumplir todos sus objetivos, incluso un más amplio margen de costa oriental adriática, es decir, al menos desde Trieste a Pola. De ahí resultarían por sí mismas o expulsadas o incorporadas administrativamente al interior que les corresponde las partes más compactamente eslavas de Julia. En el resto, las dos estirpes tendrían que buscar las bases de una convivencia nacional pacífica, favorecida por la evidencia de una común posición económica que tutelar; entonces la cultura italiana, limadas las puntas que la vuelven incluso amenazante, podría difundirse con un ritmo más vasto de cuanto haya podido o sabido tener hasta aquí, tanto entre connacionales como con extranjeros<sup>10</sup>.

---

dentro de este marco autonómico, sería necesario afrontar y resolver, entre los italianos y los eslavos, la cuestión específica nacional.

<sup>9</sup> A propósito de germanización fallida: justamente estos días el gobierno ha decidido “estatalizar” las escuelas secundarias italianas (colegios, institutos, escuelas profesionales) de carácter municipal de Trieste. Y el nacionalismo no parece ponerle muy mala cara a esta cesión, si bien, después de haber pagado su deuda con los italianos, el estado no dejará de hacer lo mismo con los eslovenos, erigiendo institutos y escuelas profesionales eslovenas en Trieste. Tal vez es la consciencia de las *inmensas* necesidades de instrucción primaria en Trieste (lo vemos) lo que justamente persuade a los gobernantes a no dejar escapar la posibilidad de devolver en favor de la escuela las ingentes sumas ahora gastadas en las escuelas secundarias. En todo caso, esto al menos es lo que considero yo, la decisión gubernamental marca el fin oficial de los conatos germanificadores: el instituto alemán en Trieste quedará y será siempre frecuentado también por italianos (factor comercial), pero el sueño de José II (lo reconoce incluso la prensa nacionalista italiana) ha decaído finalmente. Sobre las ventajas, *también para los italianos*, de esta nueva política estatal, véase, en la mencionada *Voce degli insegnati*, el artículo “Vicende dell’italiano al ginnasio di Gorizia”. El presente allí, por lo que respecta a la enseñanza italiana, es bastante mejor que en el pasado.

<sup>10</sup> Una universidad italiana en Trieste, *en la que no estuviesen sin embargo preventiva y dogmáticamente descartadas cátedras jurídicas, económicas, comerciales, etc.* en otras lenguas (serbocroata, alemán, etc.) se convertiría ciertamente, mucho más que la pobre facultad de derecho solamente italiana, en un centro irradiador de cultura y de ciencia italiana sobre toda la orilla oriental adriática. Trieste, en definitiva, si supiese sacarle partido, tendría en sí misma condiciones excepcionales para ser lo que, en la orilla opuesta, Bari quisiera ser en vano, esto es, lo que fue Venecia, una gran difusora de la cultura eslava: incluso la intermediaria intelectual entre Oriente y Occidente. Todo esto -¿hace falta que lo diga?- debe repugnar a las mentalidades actuales nacionalistas, alarmadas ante la perspectiva de que gente no italiana asista a la facultad italiana, tanto que incluso han pensado en excluir esta posibilidad mediante una ley (*Il Piccolo*, 26 de diciembre de 1911 y 23 de febrero de 1912). Aquí, el nacionalismo, llegando al absurdo, acaba por negarse a sí mismo.



¿Música del futuro?... Ciertamente, pero también nuevas vías de antítesis, no solamente económicas, que se perfilan, confusas todavía, en el horizonte. Sin embargo, prescindiendo de ellas y sea cual sea la concreción de la ordenación futura del mundo eslavo meridional y eslavo en general, es cierto que el distanciamiento político de la Julia debe ser considerado entre las eventualidades contra las que esta está llamada a combatir con todas sus fuerzas. Debido a que justamente es Julia la salida más próxima y más lógica al mar. Ciertamente, el *hinterland* es más indispensable a Julia de cuanto Julia lo es al *hinterland*, pero los intereses de esto, incluso los meramente económicos, son suficientes como para oponerlos a la anexión de Julia por Italia.

La realidad podrá ser dolorosa para muchos, pero no por ello es menos realidad. Esta nos dice que los agrupamientos futuros del eslavismo, para ser sólidos y fecundos, tendrán que recorrer las grandes vías económicas que unen a los eslavos centrales y meridionales por encima y más allá de conveniencias y comprensiones militares y dinásticas. Que no olviden los investigadores del fenómeno irredentista juliano que estas corrientes van de oriente a occidente, de la cuenca del Danubio a la del Saba, y de aquí a la orilla oriental adriática. Y justamente la costa Adriática juliana tiene una función específica de salida al mar no solamente de las energías eslavas meridionales, sino también, e incluso más sólidas, de los checos de Bohemia y Moravia. Corriente nacional y económica que sirve, a su vez, para equilibrar la gravitación alemana y su impulso por reunir, en un nexo político y económico, el Adriático con los mares del norte. Y aquí los intereses de la zona juliana vuelven a coincidir con el nacional y político del reino.

A Trieste, en definitiva, en la economía mundial, se le asigna justamente también esa función de puerto de la “futura Eslavia” que Cesare Cantù hubiera deseado en los periódicos de la renacida italianidad triestina.

Entonces bastó el “veto” de un gobernador austriaco, fiel al centralismo germanizante, para suprimir aquel pensamiento; pero, a pesar de los “vetos” al pensamiento, que tiene de por sí mismo la fuerza suprema de la vida, este se va cumpliendo, y los mismos italianos de Julia (lo vemos sobradamente en este capítulo) son arrastrados a invocar y acelerar su cumplimiento.

Contradicción fatal que, a su pesar, lleva a los irredentistas contra el irredentismo; una contradicción con raíces profundas e independientes de la voluntad de hombres y grupos, en la que se encierra el más formidable interrogante frente a la aspiración separatista juliana.

A este interrogante, según los intereses de los italianos de este y del otro lado del Judrio, hay que darle ya una respuesta definitiva. Cuando esta fuese desfavorable a las esperanzas del irredentismo, Italia (se intuye) no podría favorecer mejor a los italianos de Julia más que proclamando, alta y lealmente, no aspirar, en ningún caso y en ninguna situación, a conquistas territoriales y a anexiones de la orilla opuesta del Adriático. La frase, seguramente sincera, de Bismarck, de que estaría loco quien quisiese incorporar a Alemania a los alemanes de Austria, ha favorecido y favorece sus intereses, incluso nacionales, ciertamente mucho más que cualquier agitación separatista.

**Traducción de Juan Pérez Andrés**